

Que me parece á veces, que en ti admiro
una visión celeste, un sueño santo
que va á desvanecerse si respiro!

SONETO

Llegué temblando, y al caer de hinojos
junto á la cama donde estaba muerta,
la ví, como una estatua, blanca, yerta,
entreabiertos los labios y los ojos.

Parecía que aún esos despojos
guardaban algo de una vida incierta...
Para decirme adiós, la faz cubierta
del pudor que precede á los sonrojos.

Contra mi pecho su cadáver yerto
estreché sollozando y fugitiva
esperanza, me dijo:—Tú estás muerto.

Pero, al besarla, la ilusión se esquivo
y, al través de mis lágrimas, advierto
que ella, en mi corazón, quedaba viva.

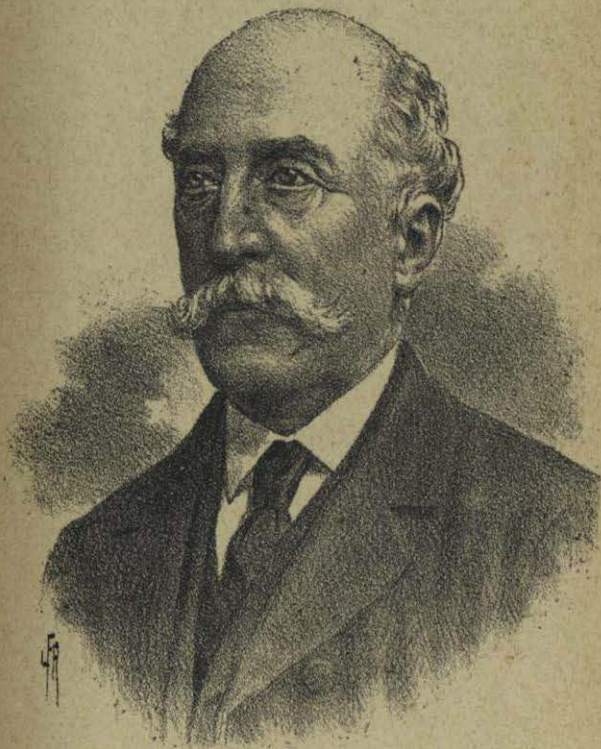
MIRADA RETROSPECTIVA

Al llegar á la página postrera
de la tragi-comedia de mi vida,
vuelvo la vista al punto de partida
con el dolor de quién ya nada espera.

¡Cuánta noble ambición que fué quimera!
¡Cuánta bella ilusión desvanecida!
¡Sembrada está la senda recorrida
con las flores de aquella primavera!

Pero en esta hora lúgubre, sombría,
de severa verdad y desencanto,
de supremo dolor y de agonía,

Es mi mayor pesar, en mi quebranto,



Guillermo Blest Gana .

no haber amado más, yo, que creía,
yo que pensaba haber amado tanto!

EL PRIMER BESO

Recuerdos de aquella edad
de inocencia y de candor,
no turbéis la soledad
de mis noches de dolor:
pasad, pasad,
recuerdos de aquella edad.

Mi prima era muy bonita:
yo no sé por qué razón,
al recordarlo, palpita
con violencia el corazón.
Era, es cierto, tan bonita,
tan gentil, tan seductora,
que al pensar en ello ahora,
algo como una ilusión
aquí en el pecho se agita,
y hasta mi fría razón
me dice: ¡era muy bonita!

Ella, como yo, contaba
catorce años, me parece,
mas mi tía aseguraba
que eran solamente trece
los que mi prima contaba.
Dejo á mi tía esa gloria,
pues mi prima en mi memoria
jamás, jamás envejece,
y siempre está como estaba
cuando, según me parece,
ya sus catorce contaba.

¡Cuántas horas, cuántas horas
de dicha pasé á su lado!
¡Pasamos cuántas auroras
los dos corriendo en el prado
ligeros, como esas horas!
¿Nos amábamos? Lo ignoro;

sólo sé lo que hoy deploro,
lo que jamás he olvidado,
que en pláticas seductoras,
cuando me hallaba á su lado,
se me dormían las horas!

De cómo la dí yo un beso,
es peregrina la historia:
hasta ahora, lo confieso,
con placer hago memoria
de cómo la dí yo un beso.
Un día, solos los dos,
cual la pareja de Dios
cuya inocencia es notoria,
nos fuimos á un bosque espeso,
y allí comenzó la historia
de cómo la dí yo un beso.

Crecía una hermosa flor
cerca de un despeñadero:
mirándola con amor
ella me dijo: «me muero,
me muero por esa flor.»
Yo á cogerla me lancé,
mas faltó tierra á mi pie;
ella, un grito lastimero
dando, llena de terror,
corrió hasta el despeñadero...
y yo me alcé con la flor...

Dos lágrimas de alegría
surcaron su rostro bello,
y diciendo: «¡vida mía!»
me echó los brazos al cuello
con infantil alegría.
Fuego y hielo sentí yo
que por mis venas corrió,
y no sé cómo fué aquello,
pero un beso nos unía...
dejando en su rostro bello
dos lágrimas de alegría.

Después... ¡Revoltosa mar
es nuestra pobre existencia!
Yo me tuve que ausentar,
y aquella flor de inocencia
quedó á la orilla del mar.
Del mundo entre los engaños
he vivido muchos años,
y, á pesar de mi experiencia,
suelo á veces exclamar:
¡La dicha de mi existencia
quedó á la orilla del mar!

Recuerdos de aquella edad
de inocencia y de candor,
alegrad la soledad
de mis noches de dolor:
llegad, llegad,
recuerdos de aquella edad!

LUIS RODRIGUEZ VELASCO

Es un gran poeta: en sus valientes versos rebosan la inspiración y el patriotismo y á la vez la idea, la grandiosa idea del progreso y de unión americana.

El canto «A los Héroes de Iquique,» bastaría por sí solo para crear justa gloria al notable vate.

A LOS HÉROES DE IQUIQUE

(1879)

I

El sol que con sus rayos anuncia la mañana
de firme sobre el puesto la viene á iluminar...
La nave tan querida despierta siempre ufana,
sintiendo en sus costados los besos de la mar.

Audaz dominadora sobre enemiga rada,
emblema inmaculado de inmaculado honor
tendida á todo viento, soberbia y descuidada
flamea su bandera de hermoso tricolor.

Los iris matutinos su púrpura y su gualda
le ofrecen orgullosos con rica profusión,
porque la nave aquella se llama la «Esmeralda»
y esa bandera hermosa de Chile es el pendón.

II

¡O vencedor ó muerto! se dijo convencido
el bravo de los bravos, el genio del valor;
¡ó vencedor ó muerto! ¡Ninguno fué vencido!
¡por eso es muerto el uno y el otro es vencedor!

La débil «Covadonga» reliquia de otra gloria,
allí á la «Independencia» con furia ve surgir,
y audaz la cañonea y alcanza la victoria,
y al niño aquel gigante perdón llega á pedir!

En tanto la «Esmeralda» no ceja en la batalla;
el «Huáscar» la persigue con bárbaro tesón,
y en vano mar y tierra la acosan á metralla;
¡no hay mano allí que pueda rendir el pabellón!

Sus mástiles flaquean, se rompen sus costados,
con su espolón de acero la quiere el monstruo hundir...
Y se hunde, y al hundirse, su gente y sus soldados
con vivas á su patria saludan al morir!

Y *Prat* el generoso, radiante de coraje,
de rayo la mirada, de acero el corazón,
revólver y hacha en mano se lanza al abordaje,
y muere, y hace al monstruo temblar de humillación.

III

Espíritu grandioso de patriotismo ardiente,
de bíblico heroísmo sublime exaltación,
visión generadora de genio omnipotente,
de santa apoteosis profética intuición.

¿Qué no tuvo aquella alma de glorias inmortales?
¿Qué siglos alumbrarse vió de su suerte en pos?
¿Qué amor de patria crea las fuerzas colosales
que hacen que un hombre mártir se vuelva un semidios?

La fábula ha creado Anteos y Titanes
que el universo entero con estupor miró...
Y entre ellos, y entre todos los altos capitanes
igual podrá haber uno; pero más grande no!

¡Con él todos son héroes! Impávido *Serrano*
lo sigue al abordaje lanzándose también;
y cae con sus bravos al plomo del peruano,
porque el chileno lucha de á uno contra cien!

Y ya la heroica nave se va despedazando,
quedando á flote apenas un trozo de tablón,
y en él esta «Riquelme» que se hunde disparando
el último cartucho del último cañón!

IV

¡Oh patria! deja el llanto correr por tus mejillas
que lágrimas son esas de gratitud por él,
mientras la historia misma se pone de rodillas
para ceñir su frente con su mejor laurel!

¡Oh patria! en esa sangre tus fuerzas hoy renacen
para afianzar tu pura, tu santa libertad...
¡No pueden ser vencidos los pueblos donde nacen
los bravos como *Condell*, los héroes como *Prat*!

LA UNIÓN AMERICANA

Las páginas oscuras del libro del pasado,
del siglo en los anales borrándose ya van;
el grito de progreso los pueblos han alzado
y entonan himnos puros de amor y libertad.

Los mártires que fueron nos gritan ¡adelante!
su sangre fué el bautismo de santa redención;
el tiempo que camina con paso de gigante,
nos viene desplegando de luz un pabellón.

Rompiendo las tinieblas del torpe fanatismo
los pueblos alumbrados comienzan á vivir;

y el rayo que les trae la fe del patriotismo
abrírseles parece grandioso porvenir.

La idea es una sola; solo haya una bandera,
idea de progreso, bandera de igualdad:
que sea el despotismo la víctima primera
que inmole en sus altares la santa libertad.

Los pechos inflamando la idea triunfadora
encienda en los espíritus el fuego del valor,
y noble, fuerte, grande, fecunda y creadora,
renazca de sí propia la tierra de Colón.

Que formen nuestros pueblos un pueblo americano,
eterno por las leyes, robusto por la unión;
su brazo con su sangre le ofrezca el ciudadano
y ofrezcan los gobiernos justicia y protección.

Con santos juramentos afirmese la alianza,
en ella confundidos el norte con el sud,
y ofrézcanle radiante de amor y de esperanza
su luz la inteligencia, su fe la juventud.

¡Y tiemblen los tiranos de Europa la guerrera
al vernos agrupados en torno á un pabellón!
la idea es una sola, solo haya una bandera,
¡no haya Andes! ¡no haya istmo! ¡solo haya una nación!



MANUEL BLANCO CUARTIN

Escribió numerosos opúsculos científicos, artículos filosóficos y literarios. Como poeta es autor de «Poesías» y las leyendas «Blanca de Lerma» y «Mackandal.» Así escribía de él el autor de «Recuerdos literarios:» «Blanco Cuartín, poeta satírico, festivo y tierno, tenía no sólo las mismas dotes poéticas de su padre don Ventura Blanco Escalada, sino también la misma devoción que éste profesaba á los restauradores del buen gusto y de la pureza del idioma, que levantaron las letras españolas á fines del siglo pasado de la postración en que le habían dejado los hinchados imitadores de la poesía francesa. Su poesía tenía pues modelos diferentes, otras tendencias y gusto diverso, que la escuela que ya se había formado entonces en la imitación y traducción de Víctor Hugo y Lamartine.»

LA OCASIÓN Y EL DESEO

—Aquí me tienes ya. ¿No me llamabas,
Deseo caprichoso, y esperabas
con placer anhelante mi visita?
Estoy ya en tu poder: vengo á tu cita.
Mas te ruego que dejes reflexiones
y en alas del placer las tentaciones
sigas violento, evaporado, loco,
que entre tanto sufrir gozar es poco,
siendo el goce fugaz y los momentos
del penoso existir largos y lentos.
¿Por qué vacilas, pues? ¿Por qué la frente,
de gozo ayer no más resplandeciente,

Parnaso Chileno,—4

doblas á la vergüenza, si un asilo
te ofrezco más ameno y más tranquilo
donde tu vida corra placentera
oyendo al ruiseñor en la pradera,
aspirando el perfume de las flores
en un mundo de aromas y de amores?
¿Por qué, pues, tu alegría se ha cambiado
en inquietud, terrores y cuidado?
¿Qué es esto, dí? Si vengo, no me atiendes,
si tu voz yo no escucho, más te enciendes
en vividor anhelo, desesperas,
maldices de tu suerte, y muy de veras
creyendo tu existencia ya importuna,
monótona, pesada, tu fortuna
trocar quisieras en feroz delirio
de un insensato amor por el martirio.—

Así habló la Ocasión, mas el Deseo
novicio todavía,
y á quien este lenguaje, según creo,
su pundonor hería,
le dice:—Espera, amiga, espera,
que como aquesta vez es la primera
que te miro, me causa tal espanto
tu mirada de fuego,
tu abrasador aliento,
tu cariñoso ruego
que ¿me creerás? acerbo sentimiento
en delicia bañado
siento en mi corazón despedazado.
—¡Acabarás, cobarde! Bien sabía
que en pecho virginal siempre hallaría
oposición y susto;
mas nunca imaginé que por tu gusto
habiéndome llamado,
y viniendo gozosa yo á tu lado
á verter el consuelo
en tu existir de duelo,
á refrescar con mi vapor tu frente,
á embriagar tus sentidos con mi aliento,
negarás te demente
á recibir de mi gloria y contento.—

Al decir esto la Ocasión desplega
el ala perfumada
y tocando la faz ya sonrosada,
indicio del placer en que se anega
el tímido Deseo,
le imprime un beso y calla.
¡Diabólico placer! Ya no batalla,
ya no piensa la víctima, ya cede,
y hacia el abismo ciega caminando
va á sepultarse á su pesar llorando.
El llanto, la amargura,
la horrible desventura
fueron eternos ¡ay! Mas el Deseo,
puesto ya el pie del crimen en la senda,
no contiene la rienda,
hasta que al fin muriendo repetía:
—¡Lo que es una ocasión! ¡Quién lo creería!



ADOLFO VALDERRAMA

Personalidad estimabilísima como médico y escritor. Nació en la Serena, conquistando en la práctica de su carrera profesional aplauso y consideración consolidado también por sus publicaciones científicas.

Su prosa era correcta, atildada y enérgica y sus versos de acabada forma, le dan merecido puesto en el Parnaso de su patria.

Su obra «Poesía chilena» ha sido y es muy celebrada. Adolfo Valderrama, fué hombre de amenísimo trato y de singular cultura.

CONSUELO

A un ángel un desgraciado
su triste historia contó,
y aquel espíritu alado
tanto al oirla lloró
que consoló al desdichado.
—No me hables más, le decía,
de tu malhadada suerte.
Y el infeliz respondía:
—¡Ay! es tal la pena mía
que habrá de causar mi muerte.
El ángel se entristeció
y de pena lloró tanto,
que cuando el infeliz vió

tanto dolor, comprendió
que gran consuelo es el llanto.

Y el infeliz se decía:
—Con mala estrella nací;
mas hoy sentí la alegría:
no es tanta la pena mía,
«pues hay quien lllore por mí.»



Domingo Arteaga Alemparte

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE

Autor de un volumen de «Poesías» y numerosos artículos de polémica. Redactó en compañía de su hermano Justo, la revista literaria *La Semana*. «Los directores del periódico mantenían hábilmente el interés de la publicación por medio de sus numerosos artículos de fondo. Su poderoso espíritu sintético y de abstracción, su poder inductivo y su admirable facultad de expresión los hacían aptos para tratar con acierto cuantos asuntos tomaban á su cargo y guiados siempre por un noble amor á la justicia y á la verdad utilizaban el caudal de sus conocimientos en servicio de los nuevos ideales y de las modernas aspiraciones de la sociedad.»

ESPERANZAS INTEGRAS

Ansié renombre, y mi menguada estrella
en vez de gloria dióme negro duelo;
pedí riquezas al avaro suelo
y desoyó enojoso mi querella.

Entre los brazos de piadosa bella
quise á mis males deparar consuelo;
¡ay! triste desengaño de mi anhelo
con sus desdenes me hizo gustar ella!

De un amigo la mano compasiva
busqué; mas la amistad mostróse esquiva
y heme aquí, que tras tanta maladanza,

Estoy cual comencé: pobre y sin gloria,
sin un dulce recuerdo en la memoria.
¡Pero, me queda entera mi esperanza!

A MI MADRE AL PARTIR

De la calma el contento
sobre tu faz en vano, madre mía,
esfuerzas sin aliento,
llegó la hora sombría
nuncio de duelo, fin de mi alegría.

Tiembla tu labio mudo,
anúblanse tus ojos, palidece
tu semblante y un nudo
tu garganta entorpece
que va á decir ¡adiós! y desfallece.

¡Cuál resuena en el alma
ese breve, tristísimo sonido!
¡Del océano en calma
pavoroso rugido
con que preludia el huracán temido!

Ya en tropel proceloso
los recuerdos se agolpan á la mente,
ya á su soplo impetuoso,
desátase inclemente
dentro del corazón borrasca ardiente.

La lumbre de tus ojos
no volverá á brillar como solía,
cuándo en nubes de enojos
la fortuna sombría
mi fatigada frente obscurecía!

Ni tornará en mi oído
á resonar tu acento de dulzura,
cuándo vague perdido
en la opaca espesura
de afanoso pensar, que me tortura.

Mañana al despertarme
con sus rayos fantásticos la aurora,
¡ay! no vendrá ya á darme
tu voz encantadora
el matinal saludo, bienhechora.

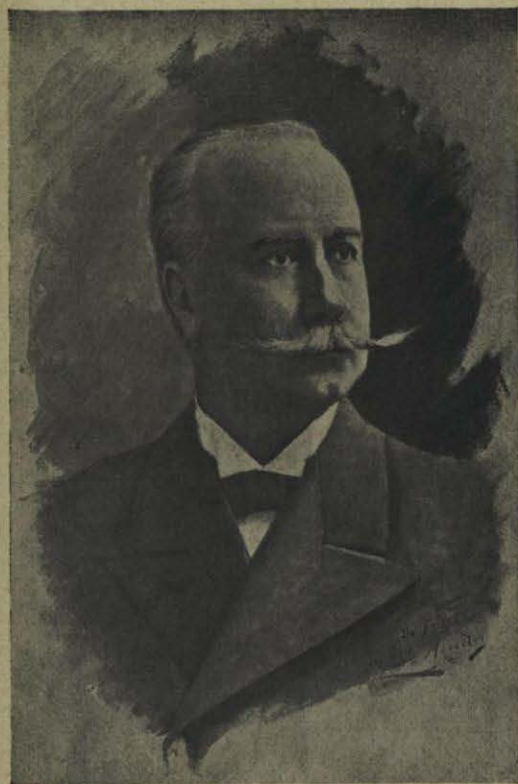
Solitario y callado
contemplaré del sol el curso ardiente,
desde el monte nevado,
donde álzase esplendente,
hasta caer dormido en occidente.

Y en pos vendrá la noche,
de misterio y vapores mensajera,
y en su plateado coche
recorrerá la esfera
la luna, de los tristes compañera.

Y su fulgor dormido
las cenizas aun tibias alumbrando
del hogar bendecido,
me encontrará callando,
de mi dicha las minas contemplando.

Todo parte contigo:
las alegrías de hoy y los albores
de tanto ensueño amigo,
de recuerdos traidores
los escombros me quedan y dolores.

¡Pero tú, madre mía,
tú no me olvidarás! Del patrio suelo,
que mi alma tanto ansía;
enviaráme tu amoroso anhelo
de una memoria el celestial consuelo!



Carlos Walker Martinez

CARLOS WALKER MARTINEZ

Sus «Romances Americanos» constituyen uno de los más bellos esfuerzos en la poesía narrativa americana: su octosílabo es fácil y armonioso, aun en aquellos de sus trabajos en que la idea es confusa y requiere una verdadera maestría de expresión.

No sólo fué un poeta Walker Martínez: vivo está aún el recuerdo de sus campañas en el Congreso, de sus bellos y enérgicos gestos de paladín cristiano. Fruto de su fe incommovible son los mejores poemas de su libro «Poesías:» gritos de odio contra la humana maldad, *himnos de fuego* de un nuevo Ezequiel. «Cada vez que los pueblos se han separado de su curso—dice en una de sus «Cartas de Jerusalén»,—prevaricando, olvidando á Dios, se han atravesado en su camino civilizador: de aquí la barbarie, las guerras, las tiranías, las enfermedades sociales que han venido afligiéndolos en el curso de los siglos.»

EJEMPLO

Donde confunden sus aguas,
más claras que los cristales,
el Vergara y Biobío
en el extremo del valle,
la plaza de Nacimiento
célebre en nuestros anales,
con viejos y rotos muros
guarda sus estrechas calles.
Está situada en un monte,
donde, más que por el arte,

por su sola posición
ófrece defensa fácil.
A su espalda se levanta,
como un inmenso baluarte,
la empinada cordillera
de Nahuelbuta, con sangre
de españoles y araucanos
empapada en cien combates,
y coronada de bosques
de pinos y de quillayes.
Tiene al oriente un castillo
que domina todo el valle,
cercado por anchos fosos
entre almenas desiguales;
y en su recinto se alza
la estrecha, lóbrega cárcel
donde mora prisionero
el famoso Ulmen Curanque;
Curanque, entre los caciques
tal vez el más formidable
de cuantos tienen vasallos
desde la mar á los Andes.
¡Diz que á traición le prendieron,
y no en un noble combate;
diz que con falsos ardidés
consiguieron capturarle!
El gobernador de Chile,
que se interesa en ganarle,
porque conoce el influjo
que tiene entre los salvajes,
viene á su estrecha prisión,
y con cariñosas frases
lo trata de seducir
á las banderas reales.

—Si rindes tu tierra á España,
le dice con rostro afable,
tú serás el más honrado
de todos mis capitanes.
El rey te dará encomiendas
y títulos que te halaguen,
y riquezas que te abrumen
y glorias que te levanten!

—No me importan tus honores
ni tus riquezas me valen:
más precio á mi patria libre
que cuanto tú puedas darme.

—Mira que estás en mis manos,
el gobernador le añade,
entregado á mis caprichos
y preso en segura cárcel:
si te niegas á aceptar
condiciones favorables,
te haré ver que es mi venganza
superior á mis bondades!

—Español, nunca abatido
doblé mi frente ante nadie;
y hoy ni tu bondad acepto,
ni imploro por mi rescate.

—Como á villanos traidores
y á perversos criminales,
yo te colgaré en castigo
de tu soberbia arrogante.

—¡Pues bien! Si el destino quiere
que muera de muerte infame,
como tantos de los míos
en suplicios miserables,
lo acepto; mas, te suplico
que cuando á morir me mandes,
ordenes á tus verdugos,
hambrientos de oro y de sangre,
que sin compasión me cuelguen,
á la luz del Sol brillante,
del árbol más empinado
que domina todo el valle!
Quiero que digan los míos
al contemplar mi cadáver:
«He aquí el ejemplo que deja
á sus vasallos Curanque!»

Así respondió el Ulmen,
y con tranquilo semblante
oyó al capitán de España
que la orden dió de colgarle.
No era esa la raza actual
envilecida, cobarde,

que vive en ebria pereza
del delito y del pillaje.
Era aquella, otra más noble,
más vigorosa, más grande,
de Lautaro y Paillamachu
que honran los patrios anales.
Era aquella que, orgullosa,
arrancó notas brillantes
á la musa castellana
con sus hechos singulares!
¡Oh! ¡cuánto choca en el día
el vergonzoso contraste
de aquella raza sublime
y de esta raza salvaje!

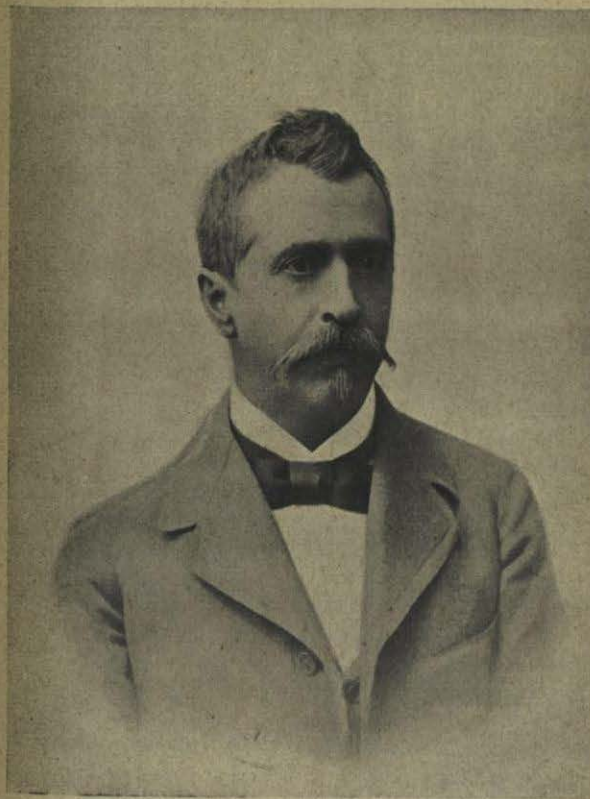
LA NAVE

¿Qué rastro deja sobre el mar la nave
que al viento tiende la turgente vela?
¿Qué rastro en el espacio, cuando anhela
alcanzar á las nubes, deja el ave?

Aquélla, apenas, silenciosa y grave,
de fugitiva luz frágil estela;
y ésta, trémulo sin que también vuela
como su pluma, indefinible y suave.

Ave en el viento es la ilusión querida
nave en el mar la dulce bienandanza
á constantes vaivenes sometida.

¡Ay de quien no aprovecha su enseñanza
y, en los hondos misterios de la vida,
funda en la humana gloria su esperanza!



Juan Rafael Allende

JUAN RAFAEL ALLENDE

Es asombrosa la multiplicidad de aspectos que ofrece su personalidad literaria. Dramaturgo, escritor de costumbres, poeta lírico, periodista doctrinario, filólogo, prevalece, no obstante, por sobre todas estas manifestaciones de su capacidad intelectual, su condición de poeta satírico, en la que no tiene rival en Hispano-América.

Durante más de treinta años, su inagotable ingenio se ha desparramado en innumerables hojas de publicidad de que ha sido casi siempre redactor único. La sátira política ha constituido su fuerte: nadie como él ha sabido hallar mejor el lado flaco de hombres y situaciones ni explotarlo con más espiritual desenfado.

Fecundo por naturaleza y hasta, en cierto modo, por obligación—siempre urgido por las exigencias repentistas de un periódico inter-diario cuyo material era de su exclusiva cosecha, es cosa que maravilla su religioso respeto por los fueros del idioma y por la estricta identidad de la equivalencia métrica. Es uno de los más correctos poetas con que cuenta Chile en la actualidad. El atropello fonético que resulta de rimar *z* con *s*, endémico en los vates americanos, Allende no lo ha perpetrado jamás.

Defecto suyo en cuanto poeta sí que es el abuso de la transposición, que peca contra la naturalidad de la expresión y la llaneza de la rima. Y es lástima que en sus obras dramáticas, todas en verso, eche mano de este recurso con deplorable frecuencia, pese que no lo exijan ni la necesidad de evitar una cacofonía ni el riesgo de sacrificar la rotundidad de un concepto diluyéndolo en una perífrasis.

COSA VIEJA

I

En casa de un diputado

—Ya sabe usted que mañana se discute en el Congreso lo del ferrocarril... y eso quisiera de buena gana que á la diablo se tratase sin discutirlo en extremo, porque... en fin... mucho me temo que tal proyecto no pase.

Yo tengo cierto interés porque... ¡vamos!... como socio, puede dejarme el negocio sus cien mil pesos al mes...

—Pero creo que el proyecto opositores tendrá, y que quizá, y sin quizá, no pase, amigo...

—En efecto, él tiene sus enemigos; mas, á decirle verdad, con la buena voluntad cuento, de algunos amigos...

Por ejemplo, usted...

—¿Yo, yo?

—¡Ea! hablemos con franqueza...

—¡No, no!... mi delicadeza...

—Todo se arregla...

—¡No, no!...

Con mi honradez sólo cuento...

Soy en eso un mogigato...

—Y yo no sería ingrato...

El diez... el quince por ciento...

—Es cosa seria... mi nombre...

mi fama... mi honor... mi todo,

rodarían por el lodo...

—Usted exagera, hombre.

Un discurso, dos ó tres sobre tema baladí...

Luego, votar, decir *sí*...

—¿Nada más?

—¡Nada más, pues!

—Lo pensaré...

—No; al momento quiero que usted me conteste...

—Caso difícil es éste...

—No olvide: ¡el quince por ciento!

—¿Y el pago?

—Como hombre *recto* que soy, se lo abonaré...

—Está bien: trabajaré porque se apruebe el proyecto.

II

EN LA CÁMARA

—Aunque ya argumentos mil se han hecho sobre este punto, como creo grave asunto éste del ferrocarril,

juzgo que no tendrá á mal la Cámara en ser paciente con un hombre independiente *honrado*, franco, imparcial.

La honradez, y no postiza, será mi guía esta vez...

Así, pues, con la *honradez* que á mí me caracteriza...

SIN PATRIA Y SIN HOGAR

Es una hermana para su hermano segunda madre, de quien ufano tan sólo espera felicidad.

Para el que viste negras sotanas

Parnaso Chileno.—5

no hay más hermanas que las hermanas
de caridad.

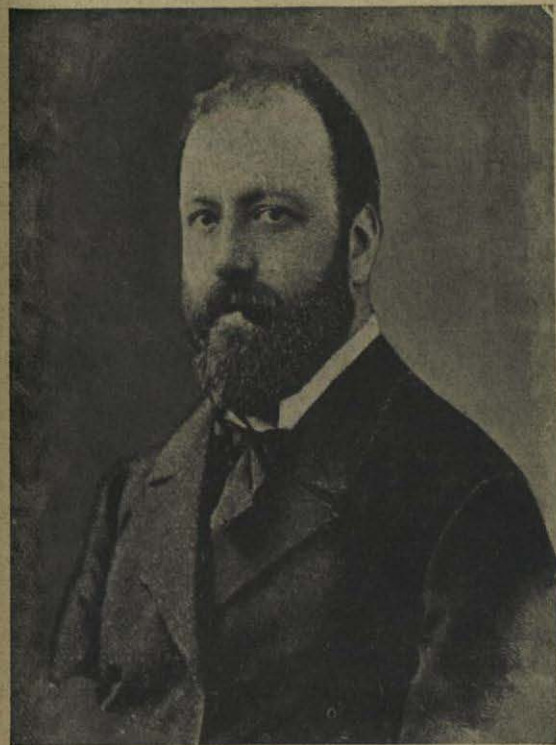
¡Hijo de mi alma! grito sublime
de un padre amante, que unción le imprime
la ley augusta del corazón.
El sacerdote de alma sombría
hijos no tiene: las de María
sus hijas son!

¡Cuán abnegada, cuán cariñosa
es para el hombre la amada esposa!
Mas, para el monje que odia la luz
no hay más esposas, según infiero,
que las esposas de aquel Cordero
muerto en la cruz.

A no haber madres, no hubiera Cielo,
y el mundo fuera masa de hielo,
que el sol radiante nunca alumbró.
Para el que eternos votos profesa
no hay otra madre que la abadesa
que nunca amó!

Grita el mancebo: «¡Patria querida,
tuya es mi sangre, tuya es mi vida;
te pertenezco; dispón de mí!»
Y el monje grita: «¡Pues Dios lo quiso,
mi Patria es Roma, no el paraíso
donde nací!»

Gañán que sufres hambre y vigilia,
pero que tienes Patria y Familia;
tú eres dichoso: puedes amar!
¡Pobre del monje que al mundo viene
buscando un Cielo, pero no tiene
Patria ni Hogar!



José Antonio Soffía

JOSE ANTONIO SOFFIA

Nació en Valparaíso en 1843. Gran parte de la producción literaria de este poeta, sus poesías satíricas, es aún completamente ignorada; vive perdida en las antiguas colecciones de periódicos esperando acaso la compasión de algún curioso erudito que las exhume del olvido.

Soffia fué un perfecto romántico, un sentimental decepcionado, sometido á las férreas necesidades de una época materialista y burguesa; un poeta, de quien se pudiera decir con Jammes: *il fleurissait des vers comme un rosier de roses...*

Autor de «Hojas de otoño,» «Poesías líricas» y «Poemas y Poesías.» Murió aún joven cuando desempeñaba el cargo de ministro Plenipotenciario de Chile ante la república de Colombia.

LAS DOS HERMANAS

(Recuerdos del Magdalena)

En una tarde limpia y serena
como del trópico casi ideal
á las orillas del Magdalena
grato respiro bajé á buscar.

Las auras tibias de la montaña
mecían lentas el platanal,
y no distante ví una cabaña
cual nido oculto bajo el palmar.